

En la huella del Enseñaje de Pichon-Rivière

Entrevista a Lucy Bertolano

Eda Carina Muñoz
FCEdu-UNER/FCVS-UADER
edacarinamunioz123@gmail.com

Sonia Luquez
FCEdu-UNER
sonialuquez@yahoo.com.ar

Lucy es psicóloga, participó de la creación de la Maestría en Salud Mental de la Facultad de Trabajo Social (FTS), el primer posgrado de la Universidad Nacional de Entre Ríos (UNER); desde 1992 se desempeña allí como docente coordinadora de Grupos.

Egresada de la Universidad Nacional de Rosario donde fue docente e investigadora; fue, además, secretaria académica de la Facultad de Psicología (2000-2004), participando activamente de la vida institucional como consejera docente, formadora de becarios y gestora de muchas iniciativas de cooperación como el Observatorio de Violencia. Ha ejercido también la docencia como maestra de primaria y se jubiló como profesora en la Escuela de Teatro Títeres de la ciudad de Rosario.

En el campo de la clínica participó de espacios de trabajo interdisciplinario que adoptaron la perspectiva de Pichon-Rivière e impulsaron la creación de las Escuelas de Psicología Social de orientación pichoniana, en Rosario, Santa Fe y Paraná.

Nos encontramos en su segunda casa, la Facultad de Trabajo Social, en Paraná. Ella trae para mostrarnos algunas de sus joyas: un suplemento Cultural de *La Opinión*, del 22 de junio de 1972; el primer número de la *Revista Psicología Social* (1977); y la revista *Enseñaje 1*, de los alumnos de la Escuela de Psicología Social, de noviembre de 1981, que incluye una conversación de Pichon-Rivière con Lacan. Y antes de comenzar, confiesa: «Me siento muy halagada por esta invitación al espacio de entrevistas que ustedes llaman Maestros y sus maestros... Yo siempre reivindico mi título de Maestra Normal Nacional, no porque me sienta una maestra, sino porque creo que ha hecho mucho a mi identidad. Claro, en diciembre de este año cumpla 50 años de maestra, no es casual».

Y en efecto, Lucy ha sido *maestra* de varias generaciones en la formación de posgrado en salud mental. Como sus alumnos, muchos hemos podido aprender sobre los conceptos centrales de la psicología pichoniana.

Educación & Vínculos: ¿Qué significó en tu práctica clínica y en tu experiencia docente el encuentro con la teoría de Enrique Pichon-Rivière?

Lucy Bertolano: En la carrera de Psicología de la Facultad de Filosofía y Letras (de la Universidad Nacional de Rosario) teníamos una materia que se llamaba Psicología Social. Estoy hablando de los años 70. Esa materia fue mi primer contacto con la teoría del Dr. Enrique Pichon-Rivière, sobre todo a través de un libro que hoy está en desuso, pero que en mi carrera fue casi un hilo conductor, que fue el del Dr. José Bleger.

En esa materia tuvimos que hacer un trabajo final, y lo hicimos entre tres personas: mi compañero de estudios Juan Carlos Roquel, quien también fue el gestor y primer director de la Maestría en Salud Mental (de la FTS-UNER) y con quien cursamos prácticamente toda la carrera; y una compañera que fue muerta, asesinada por la represión. Era el análisis del libro *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación* (de Juan José Sebrelli). Por supuesto ¡sacamos sobresaliente! Digo *por supuesto* porque, en realidad, nos había gustado mucho profundizar sobre el tema, y... bueno... eran años en los que uno no puede desconocer el contexto político, histórico. Imagínense que estoy hablando de una Universidad que no tenía cogobierno, que había sido intervenida en el año 66. Yo tuve que hacer pre-universitario en el 68 para ingresar a la carrera.

Y había un compromiso político y social, por parte de los estudiantes universitarios, muy importante. Entonces, esta materia nos había permitido expresar muchas de nuestras ideas. Por supuesto, el día que descubrí que todavía ese trabajo estaba en el placard de mi casa con los *nombres*, tuvo que ser destruido. Ese fue el primer contacto aunque, en realidad, el trabajo con la teoría de Pichon-Rivière comenzó bastante después.

A fines de 69-70, Pichon-Rivière inicia en Rosario los que serían los cursos de Psicología Social. En esa oportunidad, yo debo haber ido a una o dos de esas primeras clases. Fue la única vez que lo vi en persona.

Después, entre los años 75 y 78, en la ciudad de San Nicolás, ya haciendo clínica, trabajaba con niños que eran derivados por problemas de aprendizaje o por problemas de conducta, y con el pediatra vimos la posibilidad de trabajar con Grupos Terapéuticos con niños. Ya había un equipo de psicoanalistas, muchos de ellos discípulos de Pichon-Rivière como Eduardo Pavlovsky, que estaban trabajando en Grupos Terapéuticos con niños. Era casi imprescindible trabajar con los Grupos Familiares (...) Eso me llevó necesariamente a contactarme con el enfoque, con la perspectiva clínica planteada por Pichon-Rivière.

E&V: Es decir, que la teoría pichoniana circulaba dentro de un espacio; un cierto clima *intelectual* de determinados circuitos de formación.

L.B.: Era una especie de autoformación, no fue una cuestión muy sistemática, pero nos llamábamos el *Grupo de Niños*, porque estudiábamos... Porque, eso es otra cuestión que en esa época la respetábamos y la teníamos muy en cuenta, [lo importante] no pasaba solo por tener el título y tener la posibilidad de trabajo, sino [por] comprometerse con la formación continua, además de lo que podía ser la *Supervisión*.

Yo hasta el año 77, a pesar de que ya era psicóloga, trabajé de maestra de grado... (riendo)... Porque la profesión nunca fue como para que uno pueda... y tenía un cargo concursado, es decir, concursé, pero después renuncié porque, consultorio en San Nicolás, consultorio en Rosario y ser maestra, más dos niños... era mucho, si bien yo siempre trabajé mucho.

En el año 77 falleció Pichon-Rivière, y a partir de ahí comenzó otra etapa. Yo compartía bastante un espacio de trabajo con varios psicólogos y psiquiatras que habían participado de lo que después se institucionalizó como *Experiencia Acumulativa de Grupo* (no del primer grupo, sino del segundo, en el año 68 en la ciudad de Rosario, en el Hospital Español). Eso hizo que nos juntemos un grupo de profesionales; en el año 78, algunos compañeros viajaron a Buenos Aires con la idea inicial de ponerse en contacto con Ana Pampliega de Quiroga, a quien muchos no conocíamos. Sabíamos que había trabajado con él, porque había escrito algunos artículos, y estaba como Directora de la Primera Escuela de Psicología Social Enrique Pichon-Rivière. Conocíamos al Dr. Marcos Bernstein, quien era docente en la Escuela; fue a partir del contacto con él que se estableció la relación con ella. Así, en el año 78, en la ciudad de Rosario, organizamos dos Experiencias Acumulativas de Grupo Operativo, la primera a mitad de año y la segunda hacia el final, con una convocatoria muy significativa. Creo que también tenía que ver con el momento histórico, en que estaba prohibido el accionar del trabajo grupal. Yo había comenzado a hacer con algunos de estos colegas Grupos Terapéuticos de adultos en la ciudad de Rosario, en co-coordinación. No era fácil.

A partir de estas dos experiencias acumulativas, en el año 79 comenzamos los que se llamaron Cursos Regulares de Psicología Social. Siem-

pre bajo la supervisión de Ana Pampliega, incluso con procesos muy rápidos de formación, porque teníamos en ese momento ocho grupos en primer año, que luego hacían segundo y tercero. Los que estábamos más o menos en condiciones de coordinar y observar, respetando la técnica de Grupo Operativo, tuvimos que formarnos muy rápidamente. Pero eran momentos donde obviamente —a partir del 75— en la Facultad se terminó todo.

Por esas cosas que tiene la historia, la casualidad o qué, a mediados del 77 renuncié a mi cargo de maestra porque se me había terminado la licencia por maternidad de mi hijo menor. Y en el año 78 comencé a trabajar en lo que en ese momento era la Escuela Nacional de Títeres, en el Profesorado de Teatro de Títeres. Ahí aprendí lo que era un títere, que hasta entonces para mí era «el mate»: no era el mate ni el muñeco, sino lo que hoy es llamado a veces, «teatro de objetos». Obviamente, en la docencia, y dando Psicología educacional, uno no puede desconocer algunas cuestiones que tienen que ver con los procesos de enseñanza y aprendizaje, y de cómo el trabajo grupal potencia cualquier tipo de producción en el aprendizaje. O sea que también continué trabajando en una institución pública (desde esa perspectiva). En realidad, Pichon-Rivière ya no se trabajaba en la Facultad y prácticamente en ningún espacio educativo.

Esta escuela (en la que trabajé 36 años hasta la jubilación) hoy es la Escuela de Teatro y Títeres de la ciudad de Rosario. Allí creamos en el año 86 la carrera de Actor Nacional y en el 87, Pedagogía Teatral y Director de Teatro. Carreras en las que me desempeñé como profesora de Dinámica de Grupos. Además por tratarse de una actividad artística que siempre implica un proceso creador, incorporé en los programas de las asignaturas que dictaba las conceptualizaciones de Pichon-Rivière sobre *proceso creador*, y sobre *el arte y la locura*. Y muchas veces, a requerimiento de los alumnos, Psicodrama, y la diferencia entre lo terapéutico y la creación teatral. Hay un artículo muy interesante de Pichon-Rivière que se llama «Grupos operativos y modelo dramático».

E&V: ¿Esas Experiencias Acumulativas de Grupo fueron las que conformaron la segunda generación del Grupo Rosario?

LB.: Creo que en la contratapa de la primera *Revista de Psicología Social* está la publicidad de una experiencia que convoca la Escuela de Buenos Aires. En general, eran experiencias de viernes, sábado y domingo. Eran clases basadas en [la dinámica de grupos] lo que se llamó Experiencia Rosario.

En *El proceso grupal* de Pichon-Rivière, hay un artículo que se llama «Técnica de los Grupos Operativos», que [retoma lo que] ellos —Pichon-Rivière, David Liberman y Edgardo Rolla— organizaron en la ciudad de Rosario en el año 58, a través del Instituto Argentino de Estudios Sociales (IADES); en dicho artículo se sistematiza lo que Pichon-Rivière define como *técnica de grupos operativos*.

Lo que yo llamo Experiencias Acumulativas de Grupo eran para sensibilizar a la población, para saber si había demanda sobre el estudio de la teoría de Pichon. Porque hablamos de cursos regulares de Psicología Social, pero lo que transmitíamos era la teoría de Pichon-Rivière, es decir, una perspectiva dentro de la Psicología Social más progresista, no tanto de la académica, que estaba vinculada a la perspectiva norteamericana en la que se hablaba de psicología social en un sentido numérico y no, como lo plantea Pichon, desde una perspectiva de sujeto, y no de una psicología de los grupos.

Estas experiencias consistían en un espacio de información que estaba dado generalmente por un docente; en este caso se basaban fundamentalmente en la concepción de *grupo, roles, escala de evaluación grupal*. Una clase, después re-trabajo de esa información en grupos heterogéneos, interdisciplinarios, luego reunión del equipo de coordinación con el docente, donde se re-trabajan los emergentes comunes de los grupos operativos de trabajo para que el docente, en el nuevo espacio de clase, pueda «devolverlos», decimos nosotros, esclarecer si hay dudas temáticas o hacer algún tipo de intervención, sea con información o con algún señalamiento o interpretación, sobre aquellos emergentes que están dificultando la dinámica grupal. Es el mismo esquema que llevamos adelante hoy en la Maestría en Salud Mental (FTS-UNER). Esto era viernes a la noche (una clase, una reunión), sábado a la mañana, sábado a la tarde y el domingo, que se cerraba con la evaluación.

¿Por qué acumulativa? Porque realmente, a pesar del poco tiempo, en general, en un fin de semana sí se lograba una configuración grupal, digo así porque hace mucho que no hago este tipo de experiencia. No digo un proceso grupal acabado. A partir de allí fue que comenzamos con los cursos regulares. Eso me llevó a Santa Fe, donde en el año 80 se abrió el IDEP [Instituto de Estudios Psicosociales], y también me convocaron para que haga docencia y coordinación; en Paraná estaba funcionando el IDEPER [Instituto de Estudios Psicosociales de Entre Ríos] y como éramos regionales, un poco la «madre» [de estas instituciones], en el 83 me convocaron para que venga a Paraná. Por supuesto, con puente caído, lanchas... trabajábamos en Rosario, Santa Fe y Paraná, y consultorio. Ya en el 83, con un grupo de profesionales nos habíamos ido del IRDES [Escuela de Psicología Social de Rosario] —se llamaba así— por diferencias internas de política institucional. Eso no implicó que no siguiese con la teoría de Pichon-Rivière.

E&V: ¿Recordás nombres propios del IDEPER de aquel momento?

L.B.: Quienes comenzaron como docentes aquí en Paraná fueron Juan Carlos Roquel y Silvia De Riso; (luego) Mónica Jacquet, Marta Churrurrín, Leni De Jong, Pancho Rodríguez, en ese momento, Juanita..., Marta Fernández, Leni y Pancho fueron mis observadores porque estaban ha-

ciendo la práctica de observación; yo dictaba clase y coordinaba el Grupo de primer año. Puedo olvidarme de gente, pero aún los veo... y están... La gente de Paraná me invitó a continuar en el año 84 para coordinar quinto año (cuando ellos terminaban la primera cohorte); pero con la reapertura democrática, re-ingresé a la universidad. Eso hizo que dejara de viajar a Paraná, y en Santa Fe seguí durante ese año, pero también dejé.

E&V: Es notable cómo la teoría de Pichon-Rivière ha marcado tanto tu práctica clínica como la docencia, desde el inicio y en un proceso creciente; aunque no quita otras lecturas y otros diálogos.

L.B.: Exactamente. Puedo hacer algún tipo de aclaración en este sentido porque, además, es un problema. En realidad, sí marcó mi práctica clínica y la docencia, pero esto quiero dejarlo bien claro: la formación que yo recibí en la Facultad —y la que todavía se recibe en Rosario— es predominantemente psicoanalítica. También quiero dejar bien claro que siempre combatí el sectarismo, o las llamadas «iglesias»; por lo tanto, una cosa es nutrirme —porque sinceramente creo que la teoría de Pichon es muy rica y que sirve mucho para la práctica, tanto clínica como docente— pero eso no quiere decir que sea lo único de mi formación. Sobre todo, pensando que cuando volvimos a ingresar a la Facultad —que allí también ingresamos Juan Carlos [Roquel] y yo a la cátedra que en ese momento se llamaba Estructura Psicológica Social del Sujeto II, hoy Psicología Social y Comunitaria— empezó siendo una cátedra paralela, porque había un profesor que tenía un contrato y había que esperar que se terminara.

Y sí, yo creo que los dos o tres primeros años nosotros dimos esencialmente Pichon-Rivière. Eso no era lo pertinente para la carrera de Psicología. Lo hicimos fundamentalmente por la cantidad de años en que ni se conoció el nombre ni de Pichon-Rivière, ni el de José Bleger, quien incluso había sido docente de la Facultad; José Bleger daba Psicoanálisis antes del 66. Entonces, para nosotros, era un espacio donde la teoría de Pichon tenía que estar presente. Esto, también —no tanto los primeros años— hacía que a medida que... Pichon era descalificado (...) o por desconocimiento, o porque se lo consideraba que no era un psicoanalista. En realidad, él mismo lo dice, nunca rompió con la Asociación Psicoanalítica Argentina, pero lo que hizo fue poner el psicoanálisis en otro estatus, digamos. Fundamentalmente por su concepción de sujeto; pero también es cierto que dentro de algunos sectores de la psicología social pichoniana, era «Freud no, Pichon sí». Por eso digo, yo nunca fui sectaria. También con un grupo de colegas —Juan Carlos [Roquel] entre ellos, y lo nombro porque creo que lo conocen y porque fue docente de esta casa [UNER]— comenzamos, a partir de todo este trabajo del Grupo Rosario con Ana Pampliega. Éramos cuatro (un psiquiatra y tres psicólogos) quienes nos reuníamos —creo que durante dos años lo hicimos una vez por mes— con Ana en Buenos Aires, ya que ella es profesora de Filosofía, a trabajar más

profundamente la cuestión del sustento epistemológico y filosófico de la teoría de Pichon-Rivière.

Lo otro que yo —por ser psicóloga— nunca acepté, e incluso lo denuncié, fue el hecho de [que] hacer los cursos regulares de Psicología Social no significa ser «psicólogo social» en el sentido de poder trabajar en la llamada clínica, y yo diría en terapia. Sí te da instrumentos, te da formación para intervenir en espacios sociodinámicos grupales, en espacios comunitarios, pero, obviamente, desde una determinada formación que es la de coordinador de grupos o animador sociocultural, se puede decir. Esto también fue una diferencia significativa con algunos de los profesionales con los que trabajábamos, y ha llevado a veces a cierta descalificación —con justa razón— o a prejuicios con la teoría pichoniana. Casualmente, Pichon, quien estuvo siempre fundando instituciones, el IADES, creo que se fundó en el año 56; pero la primera escuela de psicología social, que es la de Buenos Aires, creada por él, ahora cumple 50 años, es decir, se fundó en el año 67. Es decir, en el 68 hace la segunda experiencia en Rosario, en el 69 empieza a dar algunos cursos en Rosario; y creo que también por esa época se dan cursos en Tucumán; y hoy han florecido todas esas escuelas y no todas, aunque no puedo hacer un análisis de la actualidad porque no lo tengo claro, pero no todas desde el respeto y compromiso con la teoría y con el «para qué» de la formación. En muchos casos es solamente una herramienta para aquel que concurre a esos cursos y que después lo puede implementar en su práctica profesional cotidiana, sea un docente, un jefe de división de un equipo de trabajo, o un enfermero, o cualquier otro... de actividad.

E&V: Las resonancias del trabajo de Pichon en Rosario tienen algunos años claves como el 58, el 68 y, luego, en la experiencia que vos participaste, en el 78. ¿Podrías explayarte sobre estos referentes que se reunían con Ana Pampliega?

LB.: Trabajamos desde el 78, la mayoría del grupo, hasta fines del 82, inicio del 83. Puedo nombrar a Héctor Elorz, psicólogo, era quien conocía al Dr. Bernstein y fue a Buenos Aires a hacer el contacto; Griselda Calveyra, psicóloga; Jorge Marchetti, psiquiatra; José Alberto Fernández, psicólogo; Jorge Imhoff, psiquiatra; Gladys Raviculé, psicóloga; Marta Denegri, psicóloga; Carlos Guerín, médico psiquiatra, era el mayor de todos; Silvia De Riso, médica; Juan Carlos Roquel y yo, psicólogos.

A fines del 82, comienzos del 83, de los que nombré, salvo dos o tres, la mayoría nos fuimos del IRDES; precisamente por diferencias políticas institucionales. En ese momento yo era secretaria general del IRDES. Bueno, Susana Sainz y Marta Filiberti eran alumnas en ese momento.

Y, el IRDES, como tal, continúa. En este momento en Rosario, ya no sé si son dos o tres. Dos seguro, pero puede haber un tercero porque, a su vez, se volvieron a dividir. En uno de esos espacios consiguieron lo mismo que

tiene Buenos Aires que es la carrera reconocida ministerialmente, que es la Tecnicatura en Coordinación de Grupos. En el resto del país no sé; pero en Buenos Aires hay muchísima gente.

Por supuesto, en los comienzos teníamos contacto con Marcos Bernstein, Oscar Brichetto, Gladys Adamson, Rosa Jaitin (nuera de Mimí Langer), gente muy formada... con ella hice la formación en clínica con niños y era docente de la Escuela de Buenos Aires.

E&V: Podemos sostener que hay una perspectiva política de la teoría de Pichon-Rivière, una política clínica, una política pedagógica, ¿no?

L.B.: Yo creo que hay una perspectiva política, pero política específica; en términos de plantear que la teoría sin la praxis... él habla de «praxis», habla de «transformación», habla de «adaptación activa», lo que también fue cuestionado, el famoso término «adaptación», pero que no es en el sentido de adaptación al medio como puede ser planteado en términos más del «acomodamiento», sino que va a hablar de «adecuación a la realidad y a las posibilidades», digamos. Por eso «activa», y habla de un «cambio social planificado». Obviamente, su base filosófica es el materialismo dialéctico y lo dice con todas las letras. Eso no quiere decir que haya que hacer —y creo que es uno de los problemas— una interpretación político-partidista del pensamiento de Pichon-Rivière. Eso es lo que fundamentalmente ha llevado a múltiples subdivisiones en el campo de la Psicología Social, porque se ha confundido lo que puede ser una perspectiva política específica al campo de trabajo con una política partidista.

Por supuesto que, a mí, trabajar desde la perspectiva pichoniana realmente me enriquece. Yo no digo esta cuestión del «enseñar y aprender, es un proceso unitario», no lo digo recitado o repetido porque «lo dice Pichon»; lo he vivenciado y lo vivo todos los días. En un momento dado, y sobre todo en los primeros años en que comenzamos, el Grupo era un espacio de refugio, porque estábamos en un momento en que era muy difícil poder compartir con otros. Entonces, también, creo que se pudo haber caído, en un determinado momento, en algo de demasiada idealización de los procesos grupales, porque no era que se trataba de «grupos-islas», pero en esos espacios sí se podía, y en el afuera era muy difícil contactar con otros.

E&V: El valor del Grupo en términos político-clínico y pedagógico se puede ver claramente en tiempos de dictadura, en el 78; pero también en épocas de neoliberalismo, en el 92... producen la Maestría.

L.B.: En ese sentido, creo [que] somos un poco cabeza dura, o que queremos ir en contra de la corriente. Por supuesto, Pichon-Rivière hablaba de salud mental hace años, cuando en este país prácticamente no se hablaba, se hablaba de enfermedad, no de salud. Y bueno, con la Maestría, todos

los inicios como proyecto, empezaron en el 89. Fundamentalmente, no había posgrados, fue el primer posgrado de la Universidad Nacional de Entre Ríos. Durante el 91 se hicieron varias Jornadas; no existía la CONEAU [Comisión Nacional de Evaluación y Acreditación Universitaria]. Era otra época. Pero tuvo que ser Maestría porque [fue] la idea inicial pensada por Juan Carlos [Roquel] y por Mónica [Jacquet] —yo fui convocada desde las primeras Jornadas, pero estaba en ese momento en Rosario—; ellos la gestaron como una carrera de especialización. Lo que ocurre es que, en ese momento, el Ministerio no aceptaba que las especializaciones fuesen interdisciplinarias. Y si hablamos de salud mental, no podíamos aceptar que no lo fuese, y menos desde toda una perspectiva con técnica de Grupos Operativos que necesariamente son interdisciplinarios.

E&V: Pichon-Rivière justamente rescata el valor pedagógico de la heterogeneidad, así como el valor pedagógico de la grupalidad... algo que la pedagogía tradicional no pensó.

L.B.: Exactamente. Se respeta el proceso grupal, pero tomando en cuenta la singularidad de cada uno de sus integrantes. En ese sentido, Pichon-Rivière elabora una didáctica que la va a caracterizar como «acumulativa, de núcleo básico, interdisciplinaria, y de emergentes». Estos serían los ejes fundamentales. Además, hay otra cosa que creo que es personal. Una de las cuestiones que tiene Pichon-Rivière es que muchas veces se le cuestiona que no escribía. Y en realidad no es cierto que no escribía. Es cierto que Pichon daba muchas clases, daba conferencias, participaba de congresos y demás. Sí hubo un tiempo, que él explica en el prólogo de *El proceso grupal*, en que tuvo que interrumpir la escritura para romper con cierto pensamiento más de tipo psicoanalítico ortodoxo, que es cuando él, concretamente, va a cuestionar la concepción más pulsional y de narcisismo primario del psicoanálisis más ortodoxo. Y a partir de ahí comienza a trabajar su noción de «vínculo»; y tomo esto por el nombre de la Revista.

¡He leído mucho a Pichon, y todavía me sorprende muchas veces releyendo algo! y digo "¡Ah...!" porque aunque a veces parece que se repite, no siempre significa lo mismo. Esto es algo que también es cierto, que en algunos artículos dice algo y en otros, no digo que se contradiga, pero no dice exactamente lo mismo. Esto muestra, al menos así lo entiendo yo, [que] no era alguien que no repensara lo que había dicho, o a lo que había llegado, a algún tipo de conclusión. Incluso, esta primera experiencia en Rosario del año 58, él la plantea como una investigación de laboratorio social, tomando fundamentalmente lo que eran los principios de la investigación-acción de Kurt Levin...

La conversación ha quedado en este punto, pronta a ser retomada en otra vuelta de la espiral, con otros vectores de espacio-tiempo, con nuevos sentidos.

Bibliografía

ARFUCH, Leonor (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Pág. 49.

STERINER, George (2005). *Lecciones de los maestros*. México: Siruela-Fondo de Cultura Económica. Pág. 173.